

ADOLFO LANÚS

Por el Académico ALMTE. ISAAC FRANCISCO ROJAS

Esta Academia me ha distinguido con el alto honor de evocar la figura del Sr. Adolfo Lanús, lo que hago con verdadera satisfacción y hasta diría con orgullo, porque se trataba de un ciudadano que honró a la Patria.

Había nacido en Chilecito, provincia de La Rioja, el 4 de julio de 1892. Falleció en esta ciudad el 9 de septiembre de 1982.

Era un destacado periodista que escribía para el gran matutino "La Prensa". Su pluma era fácilmente identificable por la solidez de sus conceptos y la claridad de su estilo.

Amaba intensamente su terruño, lo que no le impedía ser un argentino de ley.

Leí muchos de sus editoriales y, cuando ocurrió el eclipse de este diario provocado por la segunda tiranía, dejé de leerlo. Lanús ya no podía escribir en este diario.

Aquellas lecturas me pusieron en contacto espiritual con el Sr. Lanús a tal punto que siempre mantuvimos una cordial y estrecha amistad.

Era de la misma tierra de Joaquín V. González, al que recordaba con frecuencia.

Era un hombre sencillo, de maneras corteses pero no cortesanas, que es otra cosa.

Como dijo el Señor General don Bernardino Labayrú en la tocante ceremonia de sus exequias: "eran legiones de ciudadanos que recibieron de su ejemplar conducta rumbo cierto

y luminoso para enfrentar sin vacilaciones los tiempos borrascos que nos tocara vivir". Naturalmente, el General Labayrú se refería a la ya citada época dictatorial, implantada por el inescrupuloso demagogo Juan Domingo Perón.

El régimen totalitario humilló a toda la República ante propios y extraños, felizmente no faltaron hombres, como el señor Lanús, que desde distintos sectores de la población también le hicieron frente a la dictadura. Oportunamente mencionaré algunos de estos hombres.

Muchas veces caminábamos juntos por la avenida Santa Fe, conversando sobre la deprimente situación por la que atravesara la República, si es que podemos llamar así a nuestra patria sumida en el caos social. Un caos policíaco de neto corte totalitario.

Nunca lo oí renunciar en la más mínima medida de sus profundas y arraigadas convicciones democráticas y republicanas.

Triunfante la Revolución Libertadora, el gobierno provisional lo designó Secretario de Prensa de la Presidencia, cargo que desempeñó con su habitual modestia, honestidad y eficacia. Estos sentimientos se apoyaban en su profundo sentido de la lealtad a sus propias convicciones y al gobierno provisional.

Recientemente he conversado con su hijo, el doctor Lanús, quien, con un profundo sentimiento de respeto y amor a la memoria de su padre, me precisó los cargos que había ejercido.

- 1) Diputado de la Nación desde 1931 hasta 1942.
- 2) Durante este lapso integró la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas.
- 3) Gobernador de La Rioja desde 1900 hasta 1929.
- 4) Secretario de Prensa de la Presidencia y liquidador de la Secretaría de Informaciones de la Presidencia que dirigía el señor Apold, que era el centro principal de espionaje del régimen peronista. De este sujeto dependían los famosos jefes de manzana que vigilaban y delataban todo lo que ocurría en su respectiva zona, de ésta y otras ciudades del país.
- 5) Ingresó al diario "La Prensa" en el año 1918.
- 6) Escribió, entre otros, dos libros de los que narraré algunos párrafos. Uno se llama *Campo minado* y el otro, *Al servicio de la República*.

Citaré algunos párrafos de ambos. Se puede leer en el primero: "No le gusta a la Casa de Gobierno" lo siguiente: "La investigación realizada por la Cámara de Diputados colocó al país ante la evidencia de una vasta organización dedicada a conspirar contra sus instituciones. Pero las autoridades encargadas de evitar estas actividades no demostraron la menor preocupación y antes al contrario, se mostraron fuertemente inclinadas a disimularlas". "De igual manera, la Conferencia de Río de Janeiro y diversos acontecimientos producidos a raíz de ella han vuelto a exhibir al Gobierno argentino decididamente encauzado y dispuesto a servir los mismos intereses".

Aquí termina esta primera cita. Naturalmente, el Gobierno argentino no renunciaba al sistema opuesto al de la sociedad libre. Por lo tanto continuaba humillando a la Patria ante propios y extraños.

Como vemos, Lanús era un sagaz observador. Preveía que el régimen peronista intentaría perpetuarse por todos los medios que estuviesen a su alcance. Y no estaba equivocado.

Se nombró una comisión investigadora destinada a investigar precisamente y a esclarecer las actividades antiargentinas denunciadas.

Esta comisión emitió una declaración que reza así: "La comisión designada por la Cámara de Diputados de la Nación para realizar una investigación sobre las actividades de organizaciones e individuos de ideología y métodos adversos a nuestras instituciones antirrepublicanas y atentatorias a la soberanía, se dirige al pueblo argentino y a la prensa, requiriéndoles su colaboración más decidida para el mejor éxito de la labor encomendada por la Cámara. La comisión aprovecha esta oportunidad en que inicia oficialmente sus tareas para expresar que, animada por una alta finalidad patriótica, se siente en absoluto ajena a toda prevención odiosa y persecutoria o de negación de libertades y derechos legítimos, y sólo guiada por la exclusiva finalidad de llegar al esclarecimiento de la verdad respecto a las actividades antiargentinas, en defensa del patriotismo histórico e institucional de la Nación y determinar la responsabilidad de organizaciones e individuos entregados a las mismas, con el doble objeto de documentar los medios de que se valgan o los hechos a que esos medios conduzcan, a fin de ofrecer luego a la Cámara las leyes represivas del caso. Es asimismo propósito inquebrantable de la comisión actuar con la serenidad e imparcialidad propia de la mis-

ma que le ha sido confiada, pero sin renunciar en absoluto, en ningún momento, a la energía que la extensión y gravedad del caso, es decir de las actividades antiargentinas a investigarse, demandan de acuerdo con las facultades otorgadas por la Cámara. En tal sentido la comisión, que ha recibido de parte del poder ejecutivo, seguridades de colaboración, reitera ante la opinión pública sus deseos de contar con su más completo apoyo en la certeza de que todo apoyo informativo serio o el relato verídico de actividades o hechos tendrán las mismas garantías necesarias y estimularán el celo y la tarea de la comisión, como debe estarlo el país todo en una obra de verdadera unidad nacional, frente a los peligros señalados por el representante del Poder Ejecutivo y de los distintos sectores en el recinto parlamentario”.

Antes de seguir adelante narraré un episodio en el que intervine durante el año 1951, cuando ejercía las funciones de agregado naval en el Brasil. Un día estaba en mi oficina anexa a la embajada, cuando me anunciaron la presencia del entonces Coronel Dalton. Este señor no venía a visitarme a mí, sino al agregado militar que era el Coronel Pedro Eugenio Aramburu quien no estaba en Río de Janeiro sino en gira profesional por el norte. El Coronel Dalton me dijo que traía un mensaje de Perón para el Presidente Getulio Vargas. Inmediatamente le gestioné la entrevista y partió para la residencia presidencial. Horas después Dalton regresó y con expresión desolada me dijo: “Estoy muy disgustado. He conversado con el Presidente Vargas y no entiendo qué es lo que ocurre”. Entonces me contó qué era lo que ocurría. Vargas había contraído (o simulado contraer) con el dictador argentino el compromiso de establecer un eje Buenos Aires-Río de Janeiro alrededor del cual girarían las demás repúblicas latinoamericanas para presentar un frente común a la política de los Estados Unidos.

Perón reclamaba de Vargas el cumplimiento de tal llamado compromiso, éste se había realizado con la intervención del poco escrupuloso gobernador del Estado de Río Grande do Sul, el llamado “Yango” Goulart.

Vargas le contestó: “Hágame el favor de decirle a su presidente que por ahora no me es posible dar cumplimiento a ese compromiso porque yo tengo un Congreso al que debo consultar, mientras que él tiene uno casi totalmente sumiso”.

Vargas demostró una vez más la astuta y previsor política de Ytamarati frente al incauto y poco reflexivo dictador argentino.

Ustedes se preguntarán: "Y que tiene que ver esto con el señor Lanús", lo siguiente: en nuestra entrevista comentamos el episodio y llegamos a la conclusión de la falta de sentido común del presidente argentino y de su desconocimiento de la política brasileña y de su conocida astucia.

Ahora transcribiré algunos párrafos de una carta que Adolfo Lanús escribió a su familia durante la Revolución de 1951.

"Hace un mes que estoy preso de nuestra causa, aunque no estoy nada lejos, en esta separación forzosa mi pensamiento no se ha apartado de ustedes, ya terminará esta situación anormal y reanudaremos nuestra vida común, unidos los cuatro como lo hemos hecho hasta ahora. Con mamita a la cabeza para tratar que las cosas sean siempre lo más llevaderas posibles.

Si mi pensamiento los ha acompañado constantemente, o mejor dicho, si ustedes han estado constantemente en mi pensamiento no es por la ausencia ni la distancia mayor, pues ni la una ni la otra tienen importancia en nuestro caso, ya que nunca me han faltado noticias de ustedes y los he visto a menudo, sanos, confiados y cariñosos. Mi pensamiento ha estado siempre con ustedes, acaso un poco más que cuando los tengo a mi lado, porque este episodio me ha permitido ver más claramente lo que vale la libertad y me ha ayudado a comprender mejor la obligación de defenderla y conservarla.

Antes de ahora, y por espacio de más o menos 90 años, en la Argentina nadie se había animado a admitir que los hombres podrían ser privados de su libertad y domicilios particulares. Los hogares podrían ser allanados por simples órdenes policiales.

Los ciudadanos que redactaron y terminaron la Constitución de 1853 ¿sabrían en razón de su dolorosa experiencia durante la tiranía, lo que significa atropello, del carácter del que tenemos nosotros que soportar en estos tiempos?

Se explica por eso que, entre sus primeras precepciones, figuraran la de asegurar los beneficios de la libertad y la de afianzar la justicia, ellos habían vivido persecuciones, eran testigos de cómo los crímenes quedaban impunes, y cómo las cárceles se llenaban de personas, cuyo único pecado con-

sistía en no someterse a las exigencias de la tiranía o de sus secuaces.

Tenían conciencia de la suerte que amenazaba al país y sus habitantes si no ponían frenos al abuso del poder y no se creaban instituciones que ofrecieran garantía al trabajo y a la independencia de ideas, bajo esa inspiración y con ese propósito nació la Constitución de 1853, y a su sombra y amparo los argentinos hemos vivido casi un siglo. Las anomalías políticas, sin duda muchas, ocurridas en el curso de esos 90 años, han carecido de importancia para la seguridad individual, ninguno de los gobiernos del pasado, el que pudiera haber sido más justamente censurado, se atrevió jamás a avasallar los principios que garantizaban la libertad de las personas y de sus domicilios, eso era sagrado. Ustedes saben bien todo esto porque lo han leído y lo han estudiado, pero les toca ahora vivir una época en que no se respetan los derechos, en que los hombres que no pensamos ni opinamos como lo quiere el actual régimen gubernativo debemos ocultarnos cual si fuéramos delincuentes para no ir a parar a la cárcel por un período de tiempo que no es dable imaginar cuánto durará, porque depende exclusivamente de la voluntad oficial. No hay ley ni justicia que nos ampare, nosotros, ustedes, Valenga, yo, muchos hermanos, muchas familias, en una palabra, muchos padres, nuestros abuelos, venimos todos de gente honrada, laboriosa y culta, que en muchos casos han servido al país y a la sociedad en eficiencia e inteligencia, entre nuestros antepasados figuran desde los días de la Revolución de Mayo, hombres de destacada maestría en la historia, gobernantes, médicos, soldados, legisladores, y todos han tratado de ser útiles defendiendo la libertad y esforzándose por afianzarla. Nuestro deber, el de Valenga, el mío y el de ustedes, nuestros hijos, es el de ser fieles a ese pasado hermoso porque no hay satisfacción más grande que la de una conducta recta y una existencia digna. Pero, además, debemos ser fieles por lo que él representa para la libertad en sí misma como base y fundamento de la vida, si queremos que andando el tiempo no nos abruma la vergüenza.

Lo sucedido en "La Prensa" es un ejemplo. Habría sido más cómodo para "La Prensa" someterse, sus propietarios habrían dispuesto de más dinero para los goces y comodidades materiales, pero habrían perdido su dignidad y su independen-

cia, es decir el patriotismo más noble y enaltecido que ellos heredaron de sus antepasados.

Los sacrificios siempre fecundos, duelen, son más amargos; mas nunca son eternos ni mucho menos estériles.

Es necesario entonces ser fuerte de espíritu, abroquelarse en la unión del hogar, con la rectitud del pensamiento y los actos para enfrentar sinceramente las amenazas y poder alguna vez vencer las dificultades..."

He escrito que mencionaré algunos de los nombres de los opositores al régimen peronista: en primer lugar los dignos y valientes militares, General don Eduardo Lonardi, el no menos distinguido, entonces, Coronel don Arturo Ossorio Arana y también entre muchos más, los numerosos jefes y oficiales del ejército que me acompañaron en la Escuela Naval aquella noche memorable. Pero también mencionaré los siguientes nombres: Alberto Gainza Paz, Ángel Bohigas, Carlos Muzio Sáenz Peña, José Luis Duffy, Rodolfo N. Luque, León Bouché, Juan S. Valmagia, Juan José Navarro Lahitte, Julio A. Noble, Abelardo González Rillo, Alberto Gerchunoff, Bartolomé Mitre, Manuel Mujica Lainez, José Santo Gollan, Enrique P. Aleman, Luis María Álvarez, Raúl Rubianes, Segundo B. Gauna, Carlos R. Etcheverry y Segundo Otamendi.

Nuestra Armada era, con muy pocas excepciones, una enemiga del régimen dictatorial, los hechos conocidos me eximen de todo comentario.

Señoras y señores: esta no es una misa sino el homenaje que le estamos rindiendo al señor Adolfo Lanús. Pero no obsta para que lea la plegaria de San Ambrosio, sabio arzobispo de Milán en el siglo IV:

"Él ya no vive, pero su cariño nos acompaña y protege, si nuestros ojos no pueden verlo, sea por lo menos siempre el objeto de nuestros recuerdos. Si no podemos hablar con él
jamás dejemos de hablar de él. Volveremos un día a verlo, pues nuestra
esperanza está llena de inmortalidad".

Es lo que estamos haciendo en estos momentos.